

Introducción²

Es sabido por todos los diletantes y estudiosos de la historia bélica, que los Estados Unidos de Norteamérica albergan en su territorio un verdadero paraíso en esa disciplina, en donde la concurrencia de unas políticas de preservación, fomento y divulgación de sus vestigios bélicos por parte de los poderes públicos, junto con el innato sentido del espectáculo y del entretenimiento propio de la sociedad americana, coonestándolo todo ello con el profundo respeto por sus instituciones y por los hombres y mujeres que las hicieron posibles, han dado como fruto que aquel país cuente con una extraordinaria red de parques nacionales y espacios públicos consagrados a las más importantes batallas de su guerra civil de obligada visita para el entusiasta o estudioso de esta materia.

Entre aquellos, sin duda el Gettysburg National Military Park (condado de Adams, Pensilvania) es uno de sus más completos e impresionantes ejemplos. Entre los innumerables contenidos que contempla el Parque, hay uno de ellos especialmente interesante. Se trata de una gran reproducción en bronce que representa un libro abierto sostenido por una pila de proyectiles de cañón y una base cuadrangular, flanqueado a izquierda y derecha por dos piezas de artillería y ubicada en el conocido como *Copse of Trees* con la inscripción *High Water Mark of the Rebellion* (el punto de mayor penetración o avance de la rebelión) así bautizado por el primer director del campo de batalla de Gettysburg, John B. Bachelder, en 1892. El monumento contiene la lista de comandantes de los dos ejércitos que participaron en la legendaria *Pickett's Charge*, en la que un pequeño grupo de árboles marcó el límite septentrional nunca superado del avance confederado en las líneas unionistas.

² <https://dx.doi.org/10.5209/his.004.01>
Del Manzanares al Clínico. La lucha por la Ciudad Universitaria. Raúl C. Cancio Fernández.
© Ediciones Complutense, 2025.

Resulta admirable comprobar cómo aquella guerra civil que sufrió la nación norteamericana, mucho más larga, sangrienta y devastadora que la nuestra, sirvió al menos para que esa sociedad diese un salto de calidad en su nivel de convivencia. La guerra impulsó la industrialización y los adelantos médicos, dio lugar a la creación de un impuesto federal sobre la renta e inspiró enmiendas que enriquecieron de manera exponencial el texto constitucional: en 1865, la Decimotercera Enmienda ilegalizaba la esclavitud; en 1868, la Decimocuarta garantizaba un trato legal igualitario a todos los ciudadanos o, finalmente, en 1870, la Decimoquinta proscribía la privación del sufragio a la población negra. El legado de la Guerra de Secesión pervive hoy en el reto de equilibrar el poder estatal y el federal y de cumplir las esperanzas de Abraham Lincoln en una nación «forjada en la libertad y consagrada a la premisa de que todos los hombres son creados iguales».

Es por todo ello especialmente doloroso comprobar cómo, a diferencia de lo que ha venido aconteciendo en nuestro país desde 1832, aquel ingente sacrificio de vidas no resultó en vano, por la dignidad de los vencidos y la altura de miras de los vencedores; muy al contrario, insistimos, del ejemplo español, en donde no escarmentados con la desgracia que supusieron las guerras carlistas, aún el pueblo español se volvió a ver embarcado en un ulterior y cruel enfrentamiento fratricida, del cual resultó una nación mucho más mezquina, más atrasada y menos libre. En contraste con los Estados Unidos, en donde hoy en día pueden visitarse monumentos en memoria y honor de los vencedores y los vencidos como el *High-Water Mark of the Rebellion*, un simbólico hito que en nuestra contienda no debiera considerarse como algo exótico.

En efecto, la historia de la Guerra Civil Española también cuenta con un simbólico punto de máximo avance franquista –descontando que el ejército sublevado ganó la guerra y por tanto su ocupación al final fue absoluta– y es el representado por el Hospital Clínico de Madrid, que a diferencia de lo que ha ocurrido en los Estados Unidos y en otros muchos países con respeto por su historia y sus tradiciones, nadie se ha ocupado de preservar, fomentar o divulgar.

Desde el día siguiente al golpe de estado del 17 de julio de 1936, el objetivo prioritario de los sediciosos fue la conquista de la capital, para lo cual se articularon columnas de avance desde el norte y desde el sur con objeto de alcanzar Madrid y tomarla en el más breve plazo posible, considerando que su caída supondría el colapso de la República. Ese avance que en el proyecto golpista debería haber sido rápido y definitivo, se trocó en un progreso que se

vio obstaculizado por diversos factores, unos exógenos y derivados de la propia guerra que estaba en ciernes –bloqueos marítimos en el Estrecho, asedio y ocupaciones de poblaciones del itinerario, obstáculos naturales, etc.– y otros endógenos –falta de previsión ante una guerra larga o fijación de Franco por operaciones tácticamente marginales, pero de gran efectividad propagandista como Guadalupe o el Alcázar de Toledo–.

No obstante, cuando el 5 de noviembre de 1936 la Agrupación de Columnas de Vanguardia, conocida después como Grupo de Columnas del General Varela, vivaqueó desplegada en Retamares, Campamento, Carabanchel y Getafe, nadie dudaba de que Madrid sería presa fácil de un ejército que se había mostrado intratable, copando una y otra vez las líneas defensivas republicanas en su marcha hacia Madrid³.

Manuel Sánchez del Arco, periodista del diario *Abc* y «empotrado» en las fuerzas de Varela, fue preguntado el día 6 de noviembre sobre cuando consideraba él que entrarían los franquistas en Madrid, a lo que el cronista respondió:

Naturalmente, nada puedo responder. Es un secreto, que el mando guarda celosamente, y nada sé; pero puedo advertir a mi compañero Julián Carbó, nuevo director de la Hoja oficial de los Lunes, de Sevilla, para que el lunes [día 9] prepare un número extraordinario y haga acopio de papeles. La tirada no debe cogerle desprevenido ese día.

³ Instrucciones para la entrada en Madrid (30 de octubre de 1936) AGMAV, CGG, R55, A7, L367, Cp15 «Tres casos pueden presentarse:

Que Madrid se rinde sin defenderse. En este caso nuestras fuerzas deben ocupar los lugares estratégicos de las afueras, para facilitar la entrada e impedir la salida del enemigo. La primordial preocupación de los jefes de las columnas será la de enlazarse debidamente entre sí y controlar los puntos estratégicos, como cruces de arterias principales, plazas y edificios públicos y proceder a la detención y desarme inmediato del enemigo que se concentrará en campos de reunión.

Que Madrid se defiende en su perímetro pero no en su interior. Tan solo se forman islotes de rebeldía. Se ordenarán ataques, precedidos de preparación artillera y cooperación de la aviación, para ahorrarse bajas, y procurando que se produzcan simultáneamente. Vencida la resistencia se procederá a la ocupación del casco de la población.

Que Madrid hace una gran resistencia, tanto fuera como dentro. Primero se procurará dominar el perímetro del frente para tener una sólida base de partida. Luego se procederá a la conquista de los distintos sectores en que haya dividido la población y a la ocupación de aquellos puntos que aseguren el dominio de ella para después proceder a la limpieza de enemigos. Además, una buena parte de las fuerzas ha de garantizar la seguridad de Madrid contra los ataques que provengan del exterior. Los prisioneros se concentrarán en iglesias o grandes edificios, a ser posible aislados de los núcleos de población».

Había pues el convencimiento y la confianza ciega en que las exangües defensas madrileñas no podrían contener la acometida de la vanguardia africana. Erraron. Aunque no todos, pues veremos cómo con la excusa de una dolencia coronaria, el coronel Yagüe fue sustituido del mando de las columnas, cuando la razón última del cese fue en realidad se enérgica disconformidad con el modelo de avance diseñado, que entendía equivocado al proyectarse la masa de fuerza por el oeste, en donde se encontraba el río canalizado, un obstáculo natural que ofreció a la postre una providencial resistencia hasta su vadeo final.

Franqueo que, sin embargo, no supuso la conquista de la ciudad, sino el inicio de uno de los episodios bélicos más impresionantes no de la Guerra Civil Española, sino de los anales de la historia bélica universal. Nueve días de inconcebible sacrificio de vidas humanas y de brutal desgaste de material, en el que el ejército sublevado ni el día 9, ni el 10, ni el 15 ni nunca pudo tomar la ciudad de Madrid, pues no se olvide que la capital fue entregada, que no conquistada, el día 28 de marzo de 1939 en un acto protocolario celebrado entre las ruinas del Clínico –otra vez este simbólico Hospital– entre los coroneles Prada Vaquero y Losas Camaña.

Lo que prometía ser la culminación de una victoriosa campaña por tierras andaluzas, extremeñas y toledanas se convirtió para las unidades de Varela en la más amarga derrota sufrida durante toda la guerra, pues de fracaso debe calificarse el frustrado intento de ocupar Madrid, teniendo en cuenta la capacidad operativa y técnica de uno y otro bando.

Desde el día quince, fecha del vadeo definitivo del Manzanares por el II Tabor de Regulares de Alhucemas n.º 5 del comandante Ben Mizzian, hasta el día veintitrés, cuando Franco decidió en una reunión celebrada en la localidad de Leganés interrumpir la ofensiva sobre la Ciudad Universitaria, la cuña formada por las fuerzas de Varela ocupó una superficie aproximada de 2,5 kilómetros cuadrados, extendiéndose por el norte hasta el eje Palacete de la Moncloa-carretera de la Coruña-Agrónomos; al sur el Puente de los Franceses-Avenida de Séneca, y al oeste, hasta el Hospital Clínico, *High-Water Mark of the Rebellion* franquista, ubicado a una distancia de la Pasarela de la Muerte de 1,84 kilómetros. Escaso bagaje para el sacrificio que dicho botín supuso.

No satisfecho con ello, Franco exigió en esa reunión en Leganés que se mantuviese a toda costa ese vector clavado en el interior de la ciudad de Madrid, una vez más, como símbolo y recordatorio a los ciudadanos madrileños de la amenaza latente, despreciando cualquier análisis táctico o estratégico que aconsejaba liberar de esa posición indefendible a las unidades que allí se

desgastaban a diario y cuya eficacia militar era nula. Pero no sus efectos propagandísticos. El Hospital Clínico se convirtió así en baluarte de la cruzada franquista sobre Madrid, erigiéndose desde el Cerro del Pimiento como mascarón de proa de la ofensiva.

Esta carga simbólica del Clínico no le fue ajena al resto de edificios y facultades que configuraban por entonces el vanguardista campus de la Ciudad Universitaria, proyecto alumbrado por el rey Alfonso XIII y que en una macabra paradoja del destino, paso de ser un centro de convivencia, investigación y difusión cultural, pionero en la Europa del primer tercio del siglo xx, a estéril campo de muerte, donde las facultades recién inauguradas se convirtieron en escenario no de conocimiento y aprendizaje, sino en teatro de ruina y aniquilamiento, sustituyendo las balas a los libros, adquiriendo cada uno de esos inmuebles personalidad propia durante la batalla.

La hipótesis de trabajo del presente texto anhela contextualizar un entorno físico perfectamente identificado con el desarrollo de una de las batallas más intensas de toda la Guerra Civil Española, enfatizando la paradoja estética y moral que supone la índole académica de ese campo de batalla, el campus de la actual Ciudad Universitaria de Madrid, con que sus edificios, facultades y dependencias se convirtieran en verdaderos protagonistas de la contienda, con la consecuente antropomorfización del campus universitario, que devino en protagonista del conflicto y cuya destrucción fue percibida como un conjunto de heridas causadas a un cuerpo inocente, indefenso y hasta descontextualizado.

En este sentido, resulta especialmente descorazonador advertir cómo todo esa caudal simbólico, pero también patrimonial, histórico y arqueológico, no sólo no está hoy en día adecuadamente protegido, sino que prácticamente no ha sido objeto de una solvente y rigurosa investigación científica.

Por ello, y desde un prisma metodológico, la presente obra se abre con una primera parte dedicada a los escenarios de la batalla, que si bien en cualquier otro choque hubiese sido más oportuno ubicarla en forma de anexo al final de la misma, en la confrontación por la Ciudad Universitaria, su campus en general, y en particular la Casa de Velázquez, las escuelas de Arquitectura y de Agrónomos, la Facultad de Filosofía y Letras, el Asilo de Santa Cristina, el Instituto de Higiene, el Viaducto de los Quince Ojos o, por supuesto, el Hospital Clínico, no pueden presentarse como meros escenarios o entornos del combate. Su importancia, simbolismo y trascendencia en cada una de las fases de la lucha les hacen adquirir un rol de personajes con vida autónoma, debiendo ser estudiados en un plano análogo al que se dispense a los gene-

rales Miaja y Varela, a los tenientes coroneles Rojo y Asensio Cabanillas o a los comandantes Romero o Ben Mizzian, pues sus muros, paredes, aulas, bibliotecas, libros, quirófanos y sótanos interactuaron con los combatientes como nunca antes había sucedido en una batalla urbana, imponiéndose por ello un análisis previo y de manera individualizada, lo que permitirá una cabal comprensión de la batalla cuando se describa con más detalle en capítulos posteriores.

En ese sentido, se impone una previa descripción de los orígenes y desarrollo del proyecto universitario en el campus de los terrenos de la finca de La Moncloa, visitando después cada uno de los edificios que más acentuadamente se vieron implicados en los combates del otoño de 1936. Con ese bagaje resultará a continuación mucho más inteligible y completa la narración de los nueve días en los que se extendió la progresión sublevada sobre la Ciudad Universitaria.

No obstante, ese análisis pormenorizado de aquellas jornadas requerirá cierta información adicional previa que será suministrada en la parte segunda del libro y cuyo concurso también resultará imprescindible para advertir la magnitud de las operaciones que se libraron en esos días. Nos referimos a las maniobras previas de ocupación de la Casa de Campo y de las bases de partida en la orilla derecha del río que precedieron a las acciones de vadeo que las tropas franquistas intentaron los días inmediatamente anteriores al asalto sobre la ciudad. Una visión panorámica de esas operaciones será fundamental para comprender después el despliegue y los posicionamientos defensivos que unos y otros activaron sobre el terreno. En este sentido, será especialmente interesante, gracias a las investigaciones realizadas por el profesor De Vicente Montoya, comprobar cómo la tradicional fecha de vadeo del río por las tropas rifeñas no fue el día 15 de noviembre como comúnmente se creyó, sino que existió un cruce anterior, el día 9, del que los defensores extrajeron no pocas consecuencias.

Tampoco resultará baladí comprobar cómo durante esos días y mientras en el campo de batalla se estaba jugando la supervivencia de la República, en la retaguardia republicana se fraguaba otra batalla que no debe minimizarse entre el Gobierno de Largo Caballero en Valencia, y la precipitadamente desahuciada Junta de Defensa de Madrid, que muy al contrario de las previsiones gubernativas, se encumbró como factor decisivo en la defensa capitalina y con ella su presidente, el general Miaja. Resulta esclarecedor comprobar cómo a escasos minutos del frente, la vanidad de unos y la intransigencia y la desconfianza de otros estuvieron a punto de

desbaratar la heroica lucha en defensa de la legalidad que en las trincheras se estaba gestando.

Finalmente, la tercera parte del texto propone una atención minuciosa y detallista de los nueve días de noviembre de combate sobre el campus universitario, con dos aportaciones adicionales: el sistema de pasarelas y la guerra de minas.

En efecto, esos nueve días apocalípticos nunca hubieran podido sucederse sin la labor de las unidades de ingenieros zapadores y pontoneros del ejército sublevado, que con una perseverancia, arrojo y altísima capacidad técnica, pudieron mantener durante aquellos días y hasta el final de la guerra un entramado de pasos, pasarelas y puentes de toda jaez, que se convirtieron en verdaderos cordones umbilicales de las unidades de vanguardia, a través de los cuales aquéllas pudieron recibir suministros, provisiones, material así como una vía segura de evacuación y retorno de los heridos.

Si el estudio de las pasarelas es necesario para comprender el avance y consolidación de las unidades franquistas en la meseta universitaria, el análisis de la guerra de minas al final de esta tercera parte nos ilustrará sobre un dato esencial: que si bien el día 23 de noviembre de 1936 las operaciones de avance se detuvieron, la obstinación de Franco por mantener activa esa punta de flecha de terreno en tan precarias condiciones de defensa, inauguró un nuevo tipo de guerra en la Ciudad Universitaria que se extendió hasta el mismísimo 28 de marzo de 1939. La guerra de minas que, si bien en un principio fue monopolizada por las unidades de dinamiteros republicanos, mejores conocedores del terreno y con más medios materiales y humanos, con el paso del tiempo y de la mano del coronel Petirena, también fue empleadas con destreza por los sublevados, causándose mutuamente un importante número de bajas, tristemente innecesarias y gratuitas, en un frente enquistado y esclerótico que carecía de relevancia táctica en el desarrollo general de la guerra.

Cerrado este paréntesis, la tercera parte como venimos diciendo, analizará casi minuto a minuto cómo y en qué condiciones se desarrolló el avance por la Ciudad Universitaria, deteniéndonos en la multitud de microconflictos que se manifestaron en ese despliegue. Será entonces momento para apreciar la singularidad de cada edificio que fue escenario de combates: los nombres de Agrónomos, Arquitectura, la Casa de Velázquez, la Fundación del Amo o el Hospital Clínico van a ser sinónimos de encarnizadas luchas, de ataques y contraataques, en los que se mezclaran las voces desgarradas de alemanes, franceses, polacos, marroquíes, españoles, italianos, muchas veces enfrentán-

dose compatriotas entre sí a miles de kilómetros de sus hogares, en un pandemiónium de muerte y destrucción.

Al mismo tiempo, se describirá la actitud y las decisiones de los estados mayores de Varela y Rojo durante esas jornadas extenuantes, en lo que se fraguó como una gran partida de ajedrez, donde las piezas se intercambiaban una y otra vez buscando el mayor rendimiento y eficacia en la conquista y defensa de la ciudad.

No podrán obviarse tampoco episodios particulares de arrojo personal –Arellano–, de defecciones colectivas –anarquistas catalanes– o de circunstancial solidaridad –camilleros «nacionales» en la Cárcel Modelo–, a lo que deberá añadirse episodios singulares y trascendentales para el devenir de la guerra como fue la aún hoy vidriosa muerte de Buenaventura Durruti a escasos metros del Hospital Clínico, claro está.

Para la redacción del presente texto se han consultado fuentes primarias procedentes de una pluralidad de archivos complementadas por recursos testimoniales y material memorialístico.

En la primera parte del texto, el dedicado al origen y desarrollo del campus universitario, se ha consultado el Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid (AGUCM).

Con objeto de documentar aspectos vinculados con la cartografía del escenario bélico y también en la parte gráfica, se ha acudido al Archivo General Militar de Madrid (AGMM), al Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército (ACEGCGE), al Centro Cartográfico y Fotográfico del Ejército del Aire y del Espacio (CECAF) y al Instituto Geográfico Nacional (IGN).

Por lo que respecta a cuestiones vinculadas con unidades, organización, diarios de operaciones y todo lo relacionado con el avance de la Agrupación de Columnas Varela hacia Madrid y su posterior asalto, o aspectos destacables del Estado Mayor de Rojo, la documentación más relevante se encuentra en el Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), así como en el Fondo General Varela, del Archivo Histórico Municipal de Cádiz (AHMC), también de interés desde el punto de vista de las operaciones aéreas sobre Madrid, la información obrante en los 575 legajos de Guerra Civil del Archivo Histórico del Ejército del Aire (AHEA).

Los aspectos consultados concernientes a justicia militar y reclutamiento lo han sido en el Archivo General Militar de Guadalajara (AGMG), mientras que, finalmente, el grueso de la información sobre expedientes personales para elaborar el glosario biográfico de la obra se radica en el Archivo General

Militar de Segovia (AGMS). En cuanto a la información recabada en el Archivo de la Causa General, así como en el Servicio Histórico Militar (SHM) y Archivo de la Guerra de Liberación (AGL), se ha consultado a través del Centro de Documentación de la Memoria Histórica (CDMH).

El tratamiento de la retaguardia madrileña, por su parte, se ha documentado merced a fuentes testimoniales y hemerográficas (Hemeroteca Municipal de Madrid) y con material referenciado en el Archivo General de la Administración (AGA) y Archivo Histórico Nacional (AHN), en este último, el Archivo de Vicente Rojo Lluich (AVR), donde también se conserva documentación sobre las operaciones en Madrid.

Por lo que respecta al nuclear rol que tuvieron las Brigadas Internacionales y la intervención soviética en el reñidero madrileño, fue de gran valor la consulta de la información depositada tanto en el fondo 545 del Archivo Estatal de Historia Social y Política de Rusia (RGASPI), el Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), como en el Archivo Estatal Militar Ruso (AEMR).

Para todo lo relacionado con las vicisitudes de la Junta de Defensa de Madrid, la rigurosa compilación de fuentes primarias efectuadas por el profesor Aróstegui en su obra canónica ha hecho innecesario acudir al CDMH.

Finalmente, en cuanto a la arqueología bélica del espacio universitario, la obra de González Ruibal y los trabajos de y sobre el campo de la asociación GEFREMA (Grupo de Estudios Frente de Madrid), han sido esenciales.

En lo concerniente a las fuentes secundarias, el soporte bibliográfico nunca puede calificarse como exhaustivo a pesar de la ingente producción historiográfica que ha generado y genera este conflicto. Sea como fuere, si se acotan las referencias al espacio madrileño y al concreto periodo temporal objeto de estudio, se ha tratado de manejar una masa bibliográfica actualizada, profunda y transversal.

Una última observación en cuanto a la terminología empleada a lo largo del texto para identificar al ejército que se levantó en armas contra la Segunda República Española durante la Guerra Civil, es un debate que viene de largo y que no son estas páginas el predio más adecuado para su discusión. Lo que sí resulta obligado es mantener al respecto un criterio homogéneo a lo largo del texto y que se ajuste al carácter científico del trabajo. En ese sentido, el adjetivo «sublevado», de naturaleza neutra y descriptiva, quizá sea el que mejor se adapta para definir a quienes se levantaron en armas, sublevándose, por tanto, contra el gobierno de la República en julio de 1936. Ello sin perjuicio de que, a lo largo de la obra, y atendiendo al contexto en cada caso, puedan también

emplearse términos como rebelde, subversivo, sedicioso, insurrecto o conspirador, todos ellos matizadamente equivalentes al de sublevado.

Hoy en día la Ciudad Universitaria de Madrid es un complejo entramado de facultades, institutos, instalaciones deportivas y centros educativos de primer orden, donde diariamente miles de estudiantes, profesores y personal funcionario y laboral acuden para aprender, enseñar y trabajar en un entorno de libertad y convivencia que, no debe olvidarse, es continuación del que abruptamente fue interrumpido por los golpistas de 1936.

Mucho ha cambiado este campus desde que fuera proyectado allá por los años veinte por auténticos visionarios y bajo el impulso del rey Alfonso XIII. Entre sus edificios ya no están la Fundación del Amo, ni el Asilo de Santa Cristina, ni tampoco el Instituto Rubio. Asimismo, el Instituto de Higiene o la Residencia de Estudiantes no resistieron la destrucción sufrida en ese lugar.

Terminada la guerra se acometieron importantes obras para la reconstrucción de facultades señeras en lo arquitectónico y en lo intelectual como Filosofía, Medicina o Arquitectura y Agrónomos. También, cómo no, permanece allá arriba, dominándolo todo desde su atalaya en el Cerro del Pimiento el Hospital Clínico, esencia de la tragedia que asoló Madrid durante casi tres años, en cuyos jardines occidentales se conserva en la actualidad un templete con lo único que quedó del Asilo de Santa Cristina, una imagen de la Virgen Inmaculada, que tuvo la doble fortuna de resistir los terribles enfrentamientos que se produjeron en ese sector y, años después, en 1959, de ser honrada por el pueblo de Madrid, tal y como reza su inscripción.

Cumplidos ahora cincuenta años desde la muerte del dictador, el pueblo de Madrid no ha tenido aún la oportunidad de inaugurar ninguna placa, monolito o anta que honre la memoria de tantos hombres y mujeres que dieron la vida en defensa de la legalidad vigente en España en 1936.

No sería mala idea recordar que el Hospital Clínico fue el *High-Water Mark* de la rebelión militar en España y que muchos madrileños, españoles y extranjeros venidos desde todos los puntos de la península, Europa, África y América, murieron precisamente para que ese punto de avance máximo de la sublevación no alcanzara el corazón de Madrid.